

Una tierra soñada

El coche agonizaba por la cuesta de surcos incrustados y desniveles, sobre una tierra agostada y maltrecha por el devenir del agua sobrante de las acequias. Desde el final del camino no podía apreciar la caseta abrigada de árboles tan altos, y por un momento dudé de que me encontrara en los campos de mi familia. Paré el coche al lado del camino que subía a la casa familiar, y un aire caliente y polvoriento me azotó el pecho. La tierra deformada hacía el camino prácticamente intransitable. Las sandalias se quedaban atrapadas en el barro seco a cada paso que daba y me parecía que no iba a llegar nunca al claro del terreno. Por fin alcancé la tierra llana que rodeaba la caseta con la boca llena de polvo y el corazón a punto de explotar. No recordaba sudar tanto como en estas tierras, y parecía que esto no había cambiado después de tantos años.

Me fui acercando a la casa solitaria sin mucha determinación, temerosa quizás de reencontrarme con demasiados recuerdos. El muro de adobe que mis abuelos construyeron utilizando la tierra bajo sus pies, había perdido el rojo intenso de los primeros años, y el abandono de las hierbas que lo rodeaban se había apoderado de la pared, invadiendo incluso los huecos de algunas de las pequeñas ventanas.

No recordaba así la casa de mis abuelos. Me encontraba delante de mi hogar estival. La puerta estaba cerrada, y recordé que escondíamos las llaves en una hendidura del tronco de la higuera que abrigaba el porche principal. Di vueltas a ese hierro oxidado, y con una patada terminé de abrir la puerta atrancada. El olor a fango y polvo, a antipolillas y a espacio cerrado, me trasladó de inmediato a los veranos de mi niñez. Avancé por el comedor casi vacío, apenas cuatro sillas viejas rodeaban una gran mesa de madera,

escenario de nuestras comidas en familia y largas sobremesas, y llegué a la encimera de la cocina, situada al final de la estancia, donde solíamos preparar conservas que nos alimentaban durante el invierno. Miré la higuera aún sin frutos a través de la ventana, donde mi abuelo había instalado un columpio ya desaparecido, y me acordé de las horas que pasé colgada de sus ramas, construyendo casitas y embarcaciones que navegaban por un mar poco probable entre tanto secarral.

Abrí las ventanas de madera y porticones para dejar entrar aire nuevo y recorrí los dos dormitorios buscando el más fresco para pasar la noche. Escogí el cuarto de mi madre y mi tía porque era la habitación más cercana a la sala principal, donde convivían la cocina y el comedor, y porque era la más resguardada del ambiente tórrido que caracterizaba esta tierra seca al este del país. Abrí grifos y dejé correr agua por las cañerías para refrescar las entrañas de la vivienda. Necesitaba refrescarme también y salí en busca de agua fresca a la acequia. La misma que tiempo atrás regaba campos de melocotones, higos y peras. Hoy en día apenas cuatro melocotoneros y dos higueras daban sombra frente a la casa. El resto lo vendió mamá al mejor amigo de mi abuelo.

Con luz las estancias parecían otras y pensé que había hecho bien en dejar mi apartamento en la ciudad siguiendo las recomendaciones de mi terapeuta, y probar qué tal me sentaba el campo. A mamá, que vivía atemorizada por la soledad, le pareció mala idea que volviera a abrir la casa familiar después de varios años vacía y que viviera aislada en mi estado, aunque en realidad su mayor preocupación era descubrirse sola, lejos de su única hija. No le hice caso. Me había acostumbrado a desoír las cosas que no quería escuchar.

Tres meses no son nada, le dije para dejarla tranquila y zanjar la conversación. Y sin pensar demasiado, ya estaba decidido, cogí las cuatro cosas que me hacían falta, un par de libros y el ordenador. Cerré ventanas y llaves de paso, puse mi apartamento en alquiler y cargué todo en el viejo Seat Ibiza. Isabel, mi vecina del cuarto, iba a encargarse de regar las plantas durante mi ausencia y a atender a los turistas que quisieran llenar mi apartamento y la ciudad durante los meses de verano. Le compensaría a la vuelta con platos exquisitos y vinos caros.

Ella era la única, además de mamá, que sabía que iba a viajar al pueblo en un intento de retomar la normalidad, después de los ataques de ansiedad y varias semanas encerrada en casa por temor a que se repitieran. Siempre había sentido que algo no funcionaba bien dentro de mí, pero me sorprendió tanto como a mamá. Se suponía que yo era la fuerte.

La casa necesitaba una limpieza profunda, pero decidí arrancar las malas hierbas primero para despejar los alrededores de la caseta y señalar a los vecinos que alguien había vuelto a habitar lo *Mas*, como conocían los lugareños a este tipo de construcciones en el campo. No tenía ganas de saludar a viejos conocidos y estaba segura de que ciertos cambios en el paisaje harían entender a las familias colindantes que la antigua casa volvía a estar habitada. Sentí alivio de estar sola, en silencio, en medio de aquel campo conocido, a pesar de que yo era desde hacía unos meses una verdadera desconocida. No tenía claro por qué sentía esa tranquilidad, si la vuelta al pueblo, la calma de esa casa de barro y paja, o la ausencia de medicación. Hacía tiempo que no disfrutaba de lo cercano, del sol en la cara y del tacto de la tierra al caminar descalza, y aunque sabía que escapar no era la solución, sentí como se relajaban mis hombros y ese cosquilleo en mi espalda como cuando mi madre me rascaba sobre el sofá cada noche antes de dormir.

Me descubrí las piernas llenas de rasguños. Unos pantalones cortos no habían sido una buena elección para segar a mano las hierbas asilvestradas y me maldecí por no haber cogido al menos un botiquín básico. Quería quitar ese olor a humedad y abandono del interior de la casa, pero antes tenía que bajar al pueblo para hacer algunas compras. Compraría vinagre, bicarbonato y jabón de sosa para limpiar, agua oxigenada y Betadine para mis curas, y algunos básicos necesarios para pasar varias semanas. Agua, vino, harina, patatas, huevos y algunas verduras y frutas bastarían para sobrevivir sin grandes lujos, pero con lo necesario. Aprendería a hacer pan, plantaría un huerto como me enseñó mi abuelo, y criaría gallinas siguiendo los pasos de mi abuela. No tenía que ser tan difícil y todavía se podía aprovechar el viejo gallinero. Así subsistiría con lo esencial los meses que estaban por venir y no tendría que bajar demasiado al pueblo porque lo que necesitaba era estar conmigo y nadie más.

Junto a la estufa de leña con la que nos calentábamos durante la temporada de la recogida de las olivas, me preparé como lo hacía mi abuela, unas sopas escaldadas. Tuve suerte de encontrar pan seco, quizás seguía siendo algo normal en los pueblos, y siguiendo la receta familiar añadí un huevo crudo en el caldo caliente que se cuajó entre las lascas blanditas de pan.

Esa noche dormí como un tronco.

Todavía refrescaba, apenas eran las ocho de la mañana cuando salí de casa, y me acordé de una chaqueta que tenía en el maletero. Con la tejana será suficiente, en nada me voy a achicharrar, pensé mientras me dirigía al automóvil. Me giré hacía la casa y noté algo

extraño, todos los porticones estaban cerrados y las hierbas seguían ahí, cubriendo los alrededores de la caseta.

Me estremecí entera.

Un mensaje entró en el móvil y lo cogí de la guantera. Era mamá. Hacía dos días que intentaba contactar conmigo y estaba asustada. «Ayúdame, Liv, no puedo localizarte», me escribía desde el otro lado del teléfono.

Me encontraba delante de mi hogar estival. La puerta estaba cerrada, y recordé que escondíamos las llaves en una hendidura del tronco de la higuera que abrigaba el porche principal. Di vueltas a ese hierro oxidado, y con una patada terminé de abrir la puerta atrancada.

Ina San Miguel

Fraga, 30 de junio de 2022.